

# otras para el estudio de las élites en América Latina desde la antropología política

**Deiman Cuartas Celis<sup>1</sup>**

<sup>1</sup>Dr. en Ciencias Sociales, con especialización en Estudios Políticos, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –FLACSO–, sede Ecuador. Profesor ocasional, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia. Correo: [deiman.cuartas@udea.edu.co](mailto:deiman.cuartas@udea.edu.co)

## Resumen

# E

*l ensayo expone de forma general algunos aspectos teóricos y metodológicos para el estudio de las élites en América Latina desde la antropología política. Metodológicamente, y a partir de la etnografía, expone cómo desde la cultura material, las redes sociales, las historias de familias y el trabajo de archivos se puede llevar a cabo dicho estudio. Teóricamente y teniendo en consideración estos acercamientos etnográficos es posible problematizar algunos conceptos para el estudio de las élites, concretamente el de hegemonía, en un contexto sociohistórico específico y complejo como el que representa América Latina.*

En el presente ensayo se desarrollan, de manera general, aspectos referidos con las dimensiones metodológicas y teóricas que desde la antropología política pueden ser consideradas para el estudio de las élites. En primer lugar, se analizan algunos aspectos metodológicos que desde la etnografía pueden llevarse a cabo para el estudio de estas a partir de la cultura material, las redes sociales y las historias de familias, así como del trabajo de archivos. En segundo lugar, a partir de estos aspectos metodológicos es posible problematizar algunas de las principales categorías teóricas en relación con el estudio de las élites, y de forma específica, la de hegemonía, en un contexto sociohistórico específico y complejo como el que representa América Latina.

Podría comenzar indicando que la antropología es una disciplina de las ciencias sociales que paulatinamente ha venido configurando reflexio-

nes teóricas y metodológicas importantes en relación con el estudio de las élites, que desde una perspectiva diacrónica y en diversos contextos busca indagar por la dimensión cultural de las mismas, sobre qué significan los valores, los intereses, la solidaridad y el sentido de pertenencia que comparten o se disputan con otros sectores dominantes y subalternos, así como las lógicas bajo las cuales se dan sus procesos de sucesión y de reproducción; el papel que puede jugar en los mismos las formas bajo las cuales se autorepresentan, los discursos que utilizan, entre otros aspectos (Shore, 2002, pp. 3-4, pp. 9 y 13).

Como bien lo propone Nader (1972, p. 284) al señalar que «los antropólogos tienen mucho que contribuir a nuestra comprensión de los procesos mediante los cuales se ejerce el poder y la responsabilidad en [las diversas sociedades]». Sobre todo, cuando estas tienden a ser cada vez más complejas tanto en sus entramados relacionales, como simbólicos, institucionales y de intercambio, etc., en donde se hace necesario desentrañar las estructuras de sentido y significación en relación con las formas y las gramáticas bajo las cuales se ejercen el poder y la dominación en diversos segmentos y poblaciones que configuran estos entramados relacionales (Nader, 1972, p. 300).

A partir de trabajos etnográficos en diversos lugares de América Latina (México, Perú, Ecuador, Chile, Bolivia, entre otros) es posible entender que tanto la definición como la identificación de las élites es una cuestión contextual. Shore y Nugent (2002) sugieren considerar la idea de las élites como las que, en conjunto, ocupan las posiciones más influyentes en las instituciones de Gobierno de una comunidad, los líderes, los gobernantes y tomadores de decisiones (Harvey, 2002, p. 74). De otro lado, también es posible definir las élites como «los que tienen el poder político y los que controlan la distribución de los recursos en una localidad» (Marcus, 1998; citado por Harvey, 2002, p. 74).

En este último caso, el trabajo etnográfico desarrollado por Harvey es importante para describir las lógicas bajo las cuales se estructuran las élites en América Latina, a partir del análisis de un grupo de comerciantes mestizos, que localmente son denominados *mistis*, en las zonas rurales del sur de los Andes del Perú, en la región de Ocongote, cuyo poder se basa en el control de las instituciones del Estado —en relación con los cargos políticos y jurídicos de alcalde, gobernador y juez— a través de la adquisición de tierras y mano de obra, en una economía en la que ambos factores productivos son escasos, y para asegurar las condiciones favorables para el desarrollo del comercio a larga distancia entre las regiones amazónicas y los centros urbanos

**Otra perspectiva interesante de análisis, desde la antropología política para el estudio de las élites, es la relacionada con algunas herramientas etnográficas que a través del estudio de las redes sociales y de las historias de familia pueden ser utilizadas para comprender la vida cotidiana de las élites, de sus grupos familiares, sus trayectorias sociales, etc.**

del siglo XIX hasta el presente genera tensiones para el mantenimiento del estatus social y el poder económico y político de los mistis y sus descendientes (Harvey, 2002, p. 88).

De otro lado, la investigación de Gledhill (2002) a partir de un trabajo minucioso de entrevistas, de revisión y análisis de diversas fuentes documentales, como archivos, legislaciones, investigaciones, entre otros, permite comprender los cambios políticos, sociales y culturales acaecidos en México entre 1929 y hasta finales del siglo XX; analizar los mecanismos bajo los cuales se configuró una élite política en el transcurso de la formación del Estado nacional moderno, y cómo en el México pos-revolucionario se establecen una serie de compromisos con las élites. Igualmente, el trabajo analiza los aspectos informales y menos públicos de este proceso, que permiten entender algunas de las causas menos evidentes de la desintegración del antiguo régimen (Gledhill, 2002, pp. 39-40, pp. 53-55).

En este último sentido, uno de los aspectos más interesantes de este trabajo consiste, precisamente, en señalar los complejos entramados relacionales de las élites políticas a escala local, regional y nacional que han configurado a lo largo de la mayor parte del siglo

situados en los Andes y en las zonas de la costa (Harvey, 2002, p. 75).

Este trabajo analiza las complejas relaciones territoriales, culturales, políticas y económicas que se entrelazan para configurar una élite local como la de los mistis, que lucha por conservar y expandir sus lógicas de control y poder social más allá de lo local, y cómo en la configuración de la nación peruana estos vienen siendo desplazados tanto por una élite blanca, con un fuerte discurso racial y liberal europeo, como por los procesos de modernización y consolidación del Estado peruano, que desde finales

xx «los símbolos políticos y los rituales derivados de un proceso revolucionario [que] sirven de base para la legitimidad duradera de un sistema de gobierno controvertido en el que sus ciudadanos “reconocen la corrupción en el corazón de la política”» (Gupta 1995; citado por Gledhill, 2002, p. 39), dando lugar a un sistema social, político y económico con rasgos ambivalentes, en relación con la movilización social, la construcción de un régimen democrático e institucional amparado en el Estado de derecho, pero que, al tiempo, alberga expresiones, representaciones y prácticas que lo deslegitiman y vulneran en sus alcances:

The elite power blocs that constitute a 'shadow state' were always there in post-revolutionary Mexico. Yet it is still important that so many dignified masks began to slip in the 1990s, since the political rituals of the old order were also made less meaningful to most Mexicans by the traumatically socially polarising consequences of neoliberal economics. As things stand, recent Mexican history seems to express contradictory tendencies. On the one hand, we have a flowering of pro-democracy, civic and human rights movements. On the other hand, despite the existence of this type of public culture, powerful political actors managed to defend their impunity, even in the face of major popular mobilization. (Gledhill, 2002, p. 53)

Un trabajo interesante que se enfoca en el análisis de la cultura material y desde el cual se busca integrar diversas dimensiones de las mismas en los estudios sociales y económicos a partir del análisis de los aspectos demográficos, de la alimentación, la vivienda, la indumentaria, las técnicas de producción, la moneda, la configuración de los espacios urbanos, entre otros aspectos, como elementos relevantes para interpretar la vida social y como correlato de las interpretaciones *espirituales*, es el ofrecido por Bauer (2002, pp. 177-219).

De manera específica Bauer analiza, en el contexto de América Latina, cómo las diversas formas en que la población produce alimentos y vestidos, sus viviendas y herramientas, así como las maneras de usar y consumir estos bienes, incide a largo plazo no solo en las relaciones de producción y las lógicas de consumo, sino también en la configuración de la identidad de sectores sociales y de las élites, que pueden ser analizadas también en los diversos rituales tanto antiguos como modernos contenidos en los hábitos de consumo, así como en la relación entre bienes, poder y élites.

Al mirar hacia adentro, hacia sus propios países, debido a las ambigüedades raciales y culturales que habían existido desde el principio, las élites buscaban reafirmar, a través del consumo

de bienes europeos, su más «civilizada» identidad y distinguirse de sus compatriotas inferiores, con quienes, después de todo, se podían confundir fácilmente. (Bauer, 2002, p. 219)

Así Bauer analiza cómo la lucha por la libertad y la modernidad política en diversas latitudes de América Latina (México, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, Chile, etc.), implicó una relativa autonomía de procesos que se venían gestando con antelación en la región en relación con la independencia del comercio, la libre exportación e importación, la simplificación de los regímenes sociales de consumo, así como la introducción de bienes novedosos a través del contacto político y comercial con diversas naciones tanto en Norte América como en Europa, incluso llegando al paroxismo, como lo reseña el autor sobre, por ejemplo, durante la celebración del centenario de la Independencia mexicana en 1910, no servir ningún platillo de la cocina vernácula o autóctona en dicha efemérides, y por el contrario tanto el menú como los platillos fueron, en su mayoría, de origen francés (Bauer, 2002, p. 208).

Otra perspectiva interesante de análisis, desde la antropología política para el estudio de las élites, es la relacionada con algunas herramientas etnográficas que a través del estudio de las redes sociales y de las historias de familia pueden ser utilizadas para comprender la vida cotidiana de las élites, de sus grupos familiares, sus trayectorias sociales, etc. Aunque la modernización capitalista ha reducido las funciones económicas de las estructuras familiares, y en parte, de las redes sociales, estas no desaparecen, aunque sí se transforman.

Los trabajos de Lomnitz y Pérez (2001), así como de Stabili (2003), hacen uso de estos instrumentales para dar cuenta de las trayectorias familiares y las diversas redes sociales que se tejen para consolidar a unas familias como élites en México —los Gómez— y en Chile —los Matte Alessandri—, desde mediados del siglo XIX y hasta finales del siglo XX. De manera general, se podrían articular algunos hallazgos en ambas investigaciones en relación con el papel de las redes sociales y de los grupos familiares en la consolidación de las élites en ambos países.

En primer lugar, el desarrollo de actividades económicas al interior de las familias que refuerzan relaciones no solo de parentesco, sino también de patrón-cliente, como elemento importante de cohesión y solidaridad; en segundo lugar, la presencia de figuras masculinas dominantes que se abrogan el papel de ser figuras públicas prominentes, tanto en el ámbito de los negocios como de la vida social y política del país; en tercer lugar, la influencia de mujeres

centralizadoras que reúnen y propagan información, prácticas y representaciones acerca de la familia y sus valores; y, finalmente, la conservación de los rasgos identitarios y culturales de la familia a través de la ideología y los rituales. Todos estos aspectos, de manera general, configuran un complejo proceso de articulación entre lo público y lo privado, entre lo doméstico, el mercado y la política, en donde las relaciones de parentesco y de género son fundamentales para la reproducción de las élites en ambos países (Lomnitz y Pérez, 2001, pp. 208-212; Stabili, 2003, pp. 370-372, p. 382).

Finalmente, a partir de un minucioso trabajo de archivo e investigación documental, Mallon (2003) nos presenta un análisis de los nacionalismos alternativos y los discursos hegemónicos, en relación con las visiones campesinas de la nación, en la Sierra de Puebla en México, entre 1850-1872. Este trabajo permite comprender, a partir de la tensión paradójica contenida en la categoría de nacionalismo campesino, el sentido y la significación política de ambos términos. De igual manera, el trabajo articula en un contexto histórico complejo el proceso a través del cual la problemática rural —tierras, demarcaciones políticas, derechos privados versus derechos comunales, entre otros aspectos— puede integrarse como parte de un discurso de nacionalismo popular emergente, cambiando sus contenidos y, al tiempo, también siendo esta problemática transformada por tal discurso. Como la misma autora lo señala:

Un problema metodológico al que me enfrenté en este capítulo tiene que ver con el orden de presentación. Cuando realicé la investigación, comencé por reconstruir la narrativa histórica de los acontecimientos, conflictos y alianzas políticas en la Sierra de Puebla entre 1850 y 1872; después recopilé los elementos discursivos a partir de la evidencia documental por medio de un proceso de análisis textual. Solo entonces me quedó claro que la mayoría de los elementos de los discursos nacionalistas que estaba estudiando, tenían tanto una existencia previa como una presencia, reorganizada y transformada, en las cambiantes alianzas y oportunidades políticas de ese período. (Mallon, 2003, p. 227)

De esta forma, el ejercicio teórico y metodológico desplegado por la autora en la investigación permitió desenterrar los elementos de nacionalismo alternativo y de las prácticas políticas populares sepultadas en las «historias oficiales» de la Sierra de Puebla, para el período de referencia, tanto a nivel comunitario como regional y nacional; y a partir de este ejercicio arqueológico vislumbrar los complejos y conflictivos procesos mediante los cuales la población rural, y sus aliados y antagonistas urbanos, se enfrentaron a dolorosas cuestiones

políticas, culturales y sociales que surgieron con la construcción de una nación como la mexicana (Mallon, 2003, pp. 226-227).

Como se ha podido apreciar a lo largo de esta apretada síntesis, la antropología política ofrece un interesante arsenal metodológico que desde la etnografía permite enriquecer los debates y las interpretaciones sobre las lógicas de formación, reproducción y declive de las élites, en contextos sociohistóricos específicos como los que se sintetizan en América Latina. Igualmente, de los estudios anteriores es posible derivar algunas cuestiones importantes para problematizar categorías teóricas en relación con el estudio de las élites, y de manera específica, discutir la de hegemonía en un contexto como el latinoamericano.

En primer lugar, buena parte de las investigaciones aquí reseñadas coinciden en considerar que, en los procesos de configuración de lo estatal, de lo nacional y en general de lo social y lo político en América Latina, en sus diversas estructuras de representación sintetizadas en las prácticas, los valores y en general, en los *habitus* de las élites y de los grupos subalternos; estos procesos y relaciones se configuran de forma diferenciada. Ello implica comprender analítica y metodológicamente que en tales procesos se expresan diversos grados de tensiones que inducen a reconocer y explorar a «la hegemonía no como una formación ideológica acabada y monolítica, sino como un proceso político de dominación y lucha problemático y debatido» (Roseberry, 2002, p. 216).

En segundo lugar, es interesante observar cómo en diversas investigaciones que realizan un trabajo exhaustivo de seguir en un *gran arco* los procesos de formación del Estado y de las élites en América Latina, y de forma específica en México (Nugent, 2002; Gledhill, 2002; Mallon, 2003), estos procesos no solo implican relaciones de coerción y consenso para la consolidación de la unidad del control del Estado por las élites, sino también entender que:

Ese control es al mismo tiempo jurídico y político (como entenderíamos ordinariamente «la historia de los Estados y de los grupos de Estados»), y moral y cultural (cuando consideramos las complejas tensiones entre grupos dirigentes y entre grupos dirigentes y grupos subalternos en las relaciones entre estado y sociedad civil), [y por tanto,] todo estudio de la formación del estado debería, según esta formulación, ser también un estudio de la revolución cultural. (Roseberry, 2002, pp. 217-218)

En tercer lugar, resulta sugestivo que las investigaciones aquí reseñadas ofrezcan un importante componente de verificación empírica de sus enunciados e hipótesis que les permite contrastar los



marcos teóricos que desde las ciencias sociales, y de forma específica desde la antropología política, se vienen elaborando para el estudio de las élites, evitando con ello «un profundo e inherente horror a la abstracción, horror que proviene de una conciencia creciente de su integración a las formas características modernas del poder» (Sayer, 2002, p. 227).

Esto resulta importante debido a que la realidad compleja y multiforme que se expresa en este *crisol* que llamamos América Latina escapa, en parte, a las categorías analíticas y las estrategias metodológicas que tratamos de imponerle. «Querido amigo, toda teoría es gris, pero es verde el áureo árbol de la vida» (Goethe, 1984, p. 23).

### Referencias bibliográficas

- Bauer, A. (2002 [2001]). *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina*. Taurus.
- Gledhill, J. (2002). The powers behind the masks: Mexico's political class and social elite at the end of the millennium. En C. Shore y S. Nugent, *Elites Culture: Anthropological Perspectives* (pp. 39-60). Routledge.
- Goethe, J. W. (1984). *Fausto*. Oveja Negra.
- Harvey, P. (2002). Elites on the margins. Mestizo traders in the southern Peruvian Andes. En C. Shore y S. Nugent, *Elites Culture: Anthropological Perspectives* (pp. 74-90). Routledge.
- Lomnitz, L., y Pérez, M. (2001). Los orígenes de la burguesía industrial en México. En *Redes sociales, cultura y poder* (pp. 185-215). Porrúa.
- Mallon, F. (2003 [1995]). Capítulo 4. «Nacionalismos alternativos y discursos hegemónicos de nación. Visiones campesinas de la nación». En *Campesinado y nación. La construcción de México y Perú postcoloniales* (pp. 225-293). CIESAS, Colegio de Michoacán y Colegio de San Luis de Potosí.
- Nader, L. (1972). Up the anthropologist: Perspectives Gained from studying up. En D. Hymes (Ed), *Reinventing Anthropology* (pp. 284-311). Random House.
- Roseberry, W. (2002). Hegemonía y lenguaje contencioso. En J. Gilbert y D. Nugent, *Aspectos cotidianos de la formación del Estado: La revolución y la negociación del mando en el México moderno* (pp. 213-226). Era.
- Sayer, D. (2002). Formas cotidianas de formación del Estado: Algunos comentarios disidentes acerca de la hegemonía. En J. Gilbert y D. Nugent, *Aspectos cotidianos de la formación del Estado:*

*La revolución y la negociación del mando en el México moderno* (pp. 227-238). Era.

Shore, C. (2002). Introduction: Towards and anthropology of elites. En C. Shore y S. Nugent, *Élites Culture: Anthropological Perspectives* (pp. 1-21). Routledge.

Stabili, M. (2003). *El sentimiento aristocrático: Élite chilenas frente al espejo* (1860-1960). Ed. Andrés Bello.